

DIAGNOSTICO DE NUESTRO TIEMPO

P. FEDERICO ARGUELLO SOLORZANO

TODOS los sistemas sociales, liberalismo, capitalismo, comunismo, están fundados consciente o inconscientemente, en una concepción particular del hombre. En las últimas cuatro o cinco centurias, los impulsores de la civilización occidental han tenido en el fondo de sus mentes una idea errada y unilateral acerca del hombre. Y porque se han equivocado en este punto básico, todo ha ido inevitablemente mal.

Para decirlo en pocas palabras desde el principio, se ha tomado como base que el individuo, especialmente el bien dotado, es un ser libre e independiente, señor de todo lo creado y dueño de su propio destino. Cuando en realidad el hombre es esencialmente un ser dependiente. Un ser que solo puede realizar su naturaleza de hombre, es decir que solo puede llegar a ser verdadero y completo hombre, reconociendo su depen-

dencia de la naturaleza, su dependencia de los demás hombres, y su dependencia de Dios. Quiero asentar esto claramente. No estoy diciendo que el hombre DEBERIA ser dependiente de esta o de la otra manera; no estoy diciendo, por ejemplo, que el hombre DEBERIA reverenciar humildemente y obedecer a Dios. Lo que quiero decir con toda claridad es que el hombre DEPENDE de la naturaleza, DEPENDE de los demás hombres y DEPENDE de Dios, y que cuando olvida o ignora esta dependencia, hace violencia a su naturaleza, a la naturaleza que le ha sido dada. Esta perversión de su naturaleza, como cualquier violación del orden natural, trae consigo el desorden.

Voy, pues, a concretarme a inquirir, no lo que el hombre debería ser, sino lo que es

I

EN Historia el período que se llama moderno es la era de los descubrimientos y de las exploraciones geográficas. Comenzaron los portugueses explorando las costas del Africa hasta llegar a su extremo austral, el Cabo de Buena Esperanza, para de allí seguir bogando hasta alcanzar la remota y fabulosa India, las Islas de la Especiería, el Japón y la China. Poco antes de que los portugueses llegaran a la India los españoles descubrieron el Nuevo Mundo, el continente desconocido que se interponía entre Europa y Asia. Unos cuantos años después habían explorado todas las costas de América, y la expedición española de Magallanes, dió la vuelta al mundo. Con esto ya era posible dedicarse a explorar todos los rincones de la tierra. Esta tarea descubridora ha sido perseguida con tanto empeño, que hace un siglo podía decir el hombre que había explorado y conocido toda la tierra. Practicamente en nuestros días, hace pocos años, en 1953, el hombre llegó a las cumbres del Himalaya, hasta entonces inaccesibles. Y hace pocos días, 23 de Enero de 1960, en un batiscopio cuidadosamente bajado en la fosa más profunda de los mares, cerca de las Islas Marianas, llegó el hombre a explorar lo más recóndito de la tierra.

Antes de terminarse por completo el reconocimiento del planeta, hace poco menos de dos siglos, comenzó la era de los descubrimientos científicos y de la invención técnica. Un maravilloso nuevo mundo de conocimientos especialmente de las ciencias físicas y químicas. Muchos de los espíritus selectos de esta era, han canalizado jubilosos todas sus energías espirituales y materiales a entender, apropiarse, dominar y gozar este maravilloso nuevo mundo del adelanto científico.

La fe en el progreso indefinido ha sido la religión

o sustituto de religión de una buena parte de los hombres cultos de los dos últimos siglos.

Nadie puede poner en duda que mucho se ha ganado en todos esos campos. Sería absurdo discutir lo que es evidente. Los conocimientos del mundo físico han avanzado de un modo sorprendente, fuera del alcance de la imaginación más calenturienta.

Pero, al mismo tiempo, es evidente para todos que, a pesar de todos los adelantos científicos, hay algo que está mal, muy mal, en nuestra civilización occidental. Las cosas no están saliendo como se quería, como se esperaba. Los hombres pensaban que eran libres, y han encontrado en cambio que son los esclavos del sistema económico monstruoso que han creado. Han puesto en movimiento fuerzas que están fuera de su control y dominio. Y al mismo tiempo que se ha abierto un mundo de posibilidades sin fin, los hombres en todo el mundo se sienten frustrados. Este sentimiento de frustración envuelve tensiones emocionales, para escapar de las cuales los hombres recurren a los medios violentos: guerras, revoluciones. . .

¿Hay alguna salida a esta trágica situación? Yo creo que sí. Las causas de nuestros males actuales son más profundas que las causas inmediatas de las injusticias e inseguridad sociales, y demás males que aquejan al mundo. Créo que solo podemos dominar las fuerzas del mal, invadiendo nuestras almas con las fuerzas de la vida, con la restauración de la verdadera vida del espíritu humano.

Hay una clave para solucionar la difícil situación del mundo moderno, de la sociedad moderna. Desde el principio dije que la raíz verdadera del malestar del mundo es que desde hace varias centurias las actividades humanas han sido inspiradas y orientadas en gran parte, por una falsa idea de lo que

es el hombre. Esta idea falsa ha sido en parte consciente; y ha encontrado su expresión en las filosofías dominantes. Pero también ha sido en gran parte inconsciente; los que han tenido la voz cantante en la determinación de los cauces que debía seguir la vida política, social y económica, tenían en los recovecos de sus mentes ciertas ideas de lo que es el hombre, y para lo que es el hombre. No se han detenido a examinar esos presupuestos, ni han caído en la cuenta de que ellos los estaban fabricando. Ahora obligados por el caos que esas ideas han traído al mundo, nos vemos obligados a examinarlos con toda seriedad y detenimiento.

En los dos últimos siglos, los hombres encontraron tantas cosas interesantes en el mundo exterior, que han dedicado muy poco tiempo a pensar en sí mismos. Pero en nuestros días los hombres inteligentes se preguntan con ansiedad si se puede confiar a los hombres los inmensos poderes que se han adquirido sobre las fuerzas naturales.

El problema del HOMBRE es el que ahora ocupa el centro del escenario. El problema que tenemos que encarar en nuestros días, y probablemente en todo el siglo que viene, no es el acrecentamiento de los conocimientos del mundo exterior, o del dominio sobre la naturaleza; es el problema de la naturaleza del hombre y de su relación con la sociedad. Y en esto hay un creciente consenso universal, que se manifiesta hasta en las preocupaciones de las masas, cuyas aspiraciones son eminentemente sociales en todo el mundo.

Con la expansión industrial y científica, el individuo, especialmente el individuo bien dotado, se sentía intoxicado por las inexhaustibles posibilidades de una vida en pleno desarrollo, en progreso continuo decían todavía hace cincuenta años.

Esta concepción de las infinitas posibilidades del individuo, vino a ser la idea central de la educación moderna. El fin principal de la educación fué capacitar al individuo a desarrollar su personalidad. Ciertamente hay una profunda verdad en esa idea de que a cada uno hay que darle la oportunidad de desarrollar las capacidades que tiene. Pero cuando esta verdad es separada de otras verdades igualmente importantes, inmediatamente se presentan dos dificultades. La primera es que por la misma razón de que el individuo puede desarrollarse en cualquier dirección, puede encontrarse muy fácilmente sin dirección. Por lo mismo que las posibilidades son infinitas, con toda facilidad se llega a sentir aburrido, fastidiado y defraudado.

La segunda dificultad es que toda esta gente que está desarrollando sus personalidades, con mucha facilidad tropiezan unos con otros.

En la práctica, este tipo de educación ha sido el privilegio de los afortunados y de los fuertes, y se ha dejado en olvido las necesidades de la mayoría.

Este tipo de educación ha hecho hombres para quienes su ambición personal, más bien que el bien de la sociedad, es lo más importante.

Conforme se iban descubriendo los tesoros del mundo, el hombre quería librarse de toda atadura y restricción. En su deseo de aumentar sus experien-

cias y de incrementar sus posesiones, llegó a considerar todas las cosas materiales en primer lugar como medios para satisfacer sus propios deseos. Y poco a poco fué tratando y usando a las demás personas como instrumentos para su engrandecimiento propio. Y día a día fué creyéndose dueño de su destino y señor absoluto del mundo.

La naturaleza de este plan egoísta no se altera esencialmente por el hecho de que los hombres hayan descubierto que muchas veces pueden lograr sus planes egoístas e individualistas, cooperando los unos con los otros. En la literatura comunista hay una constante insistencia en todas las formas (y lo mismo sucedía en la nacistá y fascista) en la superioridad del sentimiento del "nosotros" sobre el sentimiento del "yo". El hecho de que los hombres necesiten asociarse con otros para alcanzar sus fines, no significa de suyo ningún cambio en la naturaleza egoísta de esos fines. Significa solamente que el egoísmo individual encuentra nuevas fuerzas en el egoísmo colectivo. Esto simplemente es elevar hasta su última potencia el postulado de la independencia absoluta del hombre, de su derecho de adueñarse de todo y de acomodar al mundo de acuerdo con sus propios deseos; lo cual hemos visto es lo característico de la edad moderna.

Cuando se miran las cosas de esta manera, el comunismo no es el movimiento revolucionario que supone ser, sino el desarrollo extremo de lo que se llamó liberalismo hace un siglo, y enciclopedismo o iluminismo hace dos siglos. Y si el liberalismo capitalista es decadente y reaccionario, por el mismo motivo es decadente y reaccionario el comunismo que no es más que un continuador hasta el extremo de esas ideologías.

Mirado desde este ángulo particular del concepto que el hombre se ha formado de sí mismo de que es un ser independiente, capaz de conformar el mundo a la medida de sus deseos, este movimiento llamado comunista no es una negación de la idea que ha dominado al hombre en los últimos siglos. Más bien es una reafirmación de esa idea, diciendo que lo que el hombre no ha podido conseguir individualmente lo puede conseguir colectivamente. Es la expresión culminante del orgullo humano, del intento del hombre de hacerse el arquitecto de su propio destino y señor del universo. Sostiene que es posible alcanzar esos fines, si los hombres amalgaman sus ambiciones individuales en una colosal empresa colectiva.

El nudo de la cuestión es examinar si este concepto del hombre que ha sido característico de la edad moderna, no deja de hecho de tomar en cuenta varios factores muy importantes de la verdadera naturaleza del hombre; y que si este concepto violatorio de la verdadera naturaleza del hombre, no es la raíz del malestar del mundo moderno. El cristianismo mantiene que el hombre no es el ser independiente, libre de seguir hasta donde pueda sus propias inclinaciones, según se ha sostenido en los últimos siglos; sino que ES —no que debería ser, sino que ES— esencialmente un ser dependiente —dependiente de la naturaleza, dependiente de los demás hombres sus se-

mejantes, y dependiente de Dios— y que el único modo de enderezar el mundo, es volviendo a vitalizar

en el pensamiento, sentimiento y acción esta verdad fundamental de la real naturaleza del hombre

II

POR supuesto que nadie quiere negar que el hombre depende de la naturaleza. El hombre no puede vivir sin verduras, frutas, pan, y todo esto sólo se obtiene del suelo. Pero en el mundo moderno esta verdad ha sido olvidada en la práctica. Esto se debe en parte a la acumulación de inmensas poblaciones industriales en las ciudades. El agricultor sabe muy bien que sólo que la tierra sea bien cultivada y aun renovada restituyéndole lo que se le ha quitado, se disminuirá o perderá por completo su fertilidad. Pero los que viven en las ciudades no tienen este conocimiento de primera mano como experiencia personal. Lo que ellos exigen es que sus necesidades siempre crecientes sean satisfechas completamente tan pronto como sea posible. La tierra toda es recorrida y saqueada para alimentar los voraces fuegos de las fábricas para satisfacer una siempre creciente y muchas veces artificialmente estimulada demanda. En los últimos tiempos ha habido en muchas direcciones una explotación despiadada de los

recursos de la tierra. Si se malgastan los recursos naturales de la tierra, y el suelo pierde su fertilidad, esto constituye una amenaza mayor para la existencia de la humanidad sobre la tierra, que cualquier guerra mundial.

La falta de una actitud humilde, reverente y comprensiva de la naturaleza, es en el fondo una falla religiosa, y esto puede tener consecuencias gravísimas en la esfera económica.

Una de las causas, pues, del olvido moderno de nuestra dependencia de la naturaleza, ha sido la urbanización e industrialización de la vida. Otra de las causas ha sido que el hombre ha centrado o reconcentrado todo su interés humano en sí mismo y en la satisfacción de sus propios deseos. Se ha hecho a considerar todo como medio para satisfacer sus deseos. Así ha crecido inmensamente el apetito de consumir al mismo tiempo que ha disminuído la capacidad de apreciación y goce de las cosas. El resultado es que cada día nos vamos empobreciendo espiritualmente

III

EN segundo lugar, el hombre según la esencia de su naturaleza depende de sus semejantes. El hombre está hecho para vivir en sociedad, y solamente puede realizar su ser humano, es decir, su personalidad en la vida de comunidad. Pero este aserto de que el hombre depende de su semejantes, de la dependencia humana, puede tener un significado ambiguo. Su cooperación con los demás puede ser dirigida a fines egoístas o particularistas. El "Nosotros" de hecho puede ser no más un "Yo" agigantado.

El verdadero significado de la dependencia del hombre de sus semejantes es algo muy diferente. Creo que puede ser entendida más fácilmente contrastando la relación de una persona con otra y el modo de la relación de esa misma persona con las cosas materiales. He dicho que el período moderno de la historia puede ser considerado como un vasto experimento del hombre occidental por entender, explorar, adueñarse y gozar del mundo. Ahora bien este proceso de adueñarse del mundo material, es un proceso que puede, al menos teóricamente, seguir indefinidamente. Claro está que hay obstáculos en esta marcha progresiva de dominio del mundo material y de sus fuerzas, pero no hay ningún obstáculo material que no podamos imaginar invencible.

Pongamos por ejemplo los viajes interplanetarios. Es cierto que hay muchos obstáculos que vencer: bombardeo de partículas cósmicas, radiación de Van Allen. Extremos de frío y de calor que sufrirá el viajero fuera de nuestra atmósfera. Pero nada de eso es un obstáculo invencible. Costará más o menos tiempo vencer esas dificultades, pero está en el campo de lo posible y aun de lo probable el que sean vencidas.

Puede ser que la fuerza, la inteligencia de un solo hombre no baste para vencer los obstáculos, pero unido a otros puede conseguirlo. Tal vez el camino que quiere seguir está cerrado en muchas direcciones, pero podemos imaginarnos las circunstancias en que esas barreras serán removidas.

El caso es completamente diferente cuando el encuentro de la persona humana es con otra persona. En este caso el proceso de expansión del individuo y su dominio sobre el mundo material recibe un frenazo, una contradicción. Aquí es donde se presenta una barrera absoluta e impassable, no temporal y accidental. Es que se ha encontrado con una persona como él. Un centro independiente de pensamiento, de sentimiento y de voluntad, y que tiene la misma actitud respecto al mundo exterior. Nadie puede adueñarse de una persona, sino es tratándola como una cosa, y de esa manera se destruye la misma esencia de la persona.

Pero hay algo más. No sólo no podemos hacernos dueños de otra persona, sin que al contrario, esa persona puede exigirnos cosas; exigencia que yo tengo que escuchar y a la que debo dar respuesta. Supongamos que al salir a la calle me encuentro a la puerta a un hombre necesitado y me pide que le ayude. Ha sucedido algo que está fuera de mi control. La iniciativa viene de la persona que me pide ayuda. Por supuesto que yo tengo que decidir si atiendo a esa súplica, pero sea como sea, tengo que atender a una petición que viene de fuera y que puede ser que no se ajuste a mis planes. Para satisfacer a esa demanda tal vez tengo que sacrificar mis propios planes.

El esfuerzo que significa para la humanidad este encuentro de personalidades diversas unas con otras, esta lucha de voluntades independientes, esta oposi-

sición y contradicción entre personas y personas, entre grupos y grupos, entre naciones y naciones, es un esfuerzo mayor y más agotador que la tarea de dominar el mundo exterior y material; tarea esta última a la cual se han dedicado casi todas las energías de la humanidad en las últimas centurias. Los hombres han estado tan embebidos en aumentar su poder y dominio sobre las fuerzas de la naturaleza, que han prestado muy poca atención a los problemas mucho más difíciles de las relaciones humanas y sociales.

Para poder abordar con éxito esos problemas de relaciones entre personas diversas y entre grupos distintos, necesitamos otras cualidades que las que se requieren para subyugar la naturaleza y las cosas materiales a nuestros fines. necesitamos un gran fondo de simpatía amistosa, de dominio propio, de paciencia, de tolerancia. Tenemos que aprender a ver a los demás como ellos son, y no única y principalmente como ellos nos afectan personalmente a nosotros.

De lo primero que tenemos que penetrarnos es que no podemos tener una comunidad o sociedad humana sin las tensiones que resultan necesariamente del trato de personas diferentes e independientes unas de otras. Y por lo mismo que cada una tiene su propia existencia independiente y consiguientemente sus propios puntos de vista, necesariamente tiene que haber contradicción entre estas diferentes maneras de ver las cosas. Puede ser que sea posible reconciliarlos entre sí, pero el aceptar la posibilidad de ininterrompida contradicción, es esencial para la vida de comunidad. Cuando uno trata de acabar con esta oposición y tensión, haciendo que domine únicamente su punto de vista, lo único que consigue es crear un mundo solitario en el que solo sobreviven las propias ideas. Con to-

dos esos actos de imposición del propio yo lo único que se está consiguiendo es destruir la comunidad. La vida en común exige que coexistan el uno junto al otro dos o más puntos de vista independientes, ninguno de los cuales reclame el derecho de tener la última y definitiva palabra.

Necesitamos de los otros hombres para poder serlo nosotros mismos. Solamente entablando el diálogo con otros hombres, es que podemos escapar de las limitaciones de nuestra individualidad. Hemos nacido en una familia, sociedad primigenia. Tenemos que vivir en una comunidad. Tenemos que vivir en una sociedad y para ser miembros de ella tenemos que aceptar obligaciones y responsabilidades mutuas. Estos lazos de obligaciones y responsabilidades mutuas, por los cuales realiza el hombre su dependencia de los demás seres humanos, son muy visibles en los pueblos y ciudades pequeñas, pero han sido destruidos o muy debilitados en la vida gregaria de las grandes ciudades. Los hombres ya no viven en una comunidad verdadera, sino que se amontonan como átomos separados y diversos. La sensación de frustración que experimenta el hombre moderno viene precisamente de la violencia que se le está haciendo a la verdadera naturaleza humana.

Tenemos, pues, que ponernos a trabajar por construir una sociedad en la que se respete a todos y cada uno como personas que son. Una sociedad en la que se den mayores oportunidades a todos y cada uno, y que imponga mayores responsabilidades a cada uno con respecto a los demás. Solamente de esta manera recreemos una comunidad humana digna del hombre y de su naturaleza social.

IV

LA última explicación y significado de la dependencia del hombre de la naturaleza y de su dependencia de los demás hombres, se encuentra en su dependencia de Dios. Debemos respeto y reverencia a la naturaleza, a la tierra, a las cualidades de las cosas, porque Dios las ha creado. La pura materia en sí no merece respeto y reverencia, que se deben solamente a las personas. Una de dos, o dotamos a la naturaleza y a las cosas de las cualidades que nosotros admiramos —y en ese caso lo que estamos haciendo es adorarnos a nosotros mismos como lo hicieron los paganos—; o si no, estas cualidades fueron dadas a las cosas por la Inteligencia Infinita, y nosotros solo las descubrimos en las cosas.

Igualmente, nuestros semejantes solo pueden pedirnos algo incondicionalmente, hasta pedirnos que sacrifiquemos nuestras vidas por ellos, solamente si en esta petición absoluta habla la voz de Dios. ¿Cómo explicarse si no, que sea no sólo bueno sino hasta heroico el que un joven exponga su vida —vida llena de promesas no cumplidas— por salvar la vida de un semejante suyo, que tal vez sólo tiene unos pocos años por delante; cómo explicarse esto si no es dando por respuesta la profunda verdad del dicho de Cristo Dios: "Lo que hiciéreis por uno de estos, por Mi lo hacéis"?

Quiero, pues, afirmar la más importante de las verdades fundamentales acerca del hombre. que ha sido criado por Dios, que depende de Dios, y que solo encuentra el pleno desarrollo de su naturaleza en Dios. Esto es muy diferente a decir que el hombre debería depender de Dios, debería adorar a Dios, debería obedecer a Dios. Es una declaración clara de lo que ES el hombre.

Siendo esta la naturaleza esencial del hombre, éste no puede libertarse de Dios, separarse de Dios. Aún cuando rechace a Dios, sigue unido a El. Y este rechazo de Dios es la suprema perversión de la naturaleza del hombre. La afirmación de la independencia absoluta del hombre, que es la característica de la edad moderna, es el pecado fundamental de la humanidad, la causa radical del descontento, lucha y sufrimiento humano. La única manera de restaurar la salud de la humanidad angustiada, es volverla a unir a la Fuente de la que deriva su ser.

Esta afirmación será ciertamente mal interpretada a no ser que se le de todo el valor a dos cosas más que hay que decir.

La primera es que la relación actual de un hombre con Dios, no es lo mismo que su relación consciente con Dios. Al negar a Dios muchos no están negando a Dios, sino una idea errónea y humana que se

han formado de Dios. Al satisfacer las justas demandas de la naturaleza y de sus semejantes, puede ser que sin saberlo esté obedeciendo a Dios. Pero la vida, por supuesto, tiene un sentido más profundo y más rico, cuando lo que es inconsciente se hace consciente totalmente.

La segunda, es que debemos entender claramente la falsedad de esa formación de la absoluta inde-

pendencia del hombre. Es más bien la perversión fatal de una profunda verdad: Que Dios hizo al hombre libre. Que El respeta esa libertad que El le dió. Que El quiere la obediencia pero la obediencia de un corazón amante. Dios no es un tirano arbitrario. Es el Amor Infinito. Es nuestro Sabio y Amoroso Padre, y en amarle y servirle a El encontramos nuestra libertad y dicha

V

SI este diagnóstico que hemos hecho de la sociedad moderna es verdadero, y así lo creemos, quiere decir que estamos en los umbrales de una nueva era de la Historia. A través de todo el curso de este período de la historia que llamamos moderno, el hombre ha centrado su vida en sí mismo y en satisfacer sus ambiciones personales. Si la sociedad ha de recobrar la salud, el hombre tiene que descubrir de nuevo que el verdadero centro de la vida humana es Dios, y que en Dios está el hombre atado a la naturaleza y a los demás hombres sus semejantes.

Y esto solo se puede conseguir restaurando el verdadero concepto de la libertad cristiana, que es diferente de la libertad en el sentido liberal. La libertad cristiana no se basa en la voluntad de la mayoría, ni mucho menos en el derecho de los hombres de hacer lo que les parezca bien. Consiste más bien en la constante adhesión del hombre al orden divino establecido por Dios y que gobierna el mundo.

Como escribe el Papa León XIII en su Encíclica "Libertas": "Es manifiesto y evidente que la eterna ley de Dios es la sola medida y regla de la libertad humana, no sólo para cada individuo sino para toda la comunidad. . . Por lo tanto la verdadera libertad de la sociedad humana no consiste en que cada hombre haga lo que le parezca, porque eso llevaría al caos y a la confusión y finalmente a la destrucción del Estado, sino más bien que por la dirección de las leyes civiles todos puedan conformarse más fácilmente a las prescripciones de la ley eterna. Y de la misma manera, la libertad de los que están constituidos en autoridad no consiste en que puedan imponer a sus súbditos mandatos caprichosos e irracionales, lo cual sería igualmente criminal y llevaría a la destrucción de la comunidad, sino que más bien la fuerza obligatoria de las leyes humanas consiste en esto. en que deben ser consideradas como aplicaciones de la Ley Eterna, y como incapaces de sancionar nada que no esté contenido en la Ley Eterna, que es el principio de toda ley".

Este concepto de la soberanía y trascendencia de la Ley es la base de la tradición de libertad que ha jugado un papel tan importante en la historia de la civilización occidental, y que distingue y separa el mundo occidental del mundo ruso y oriental. Pero lo grave es que el mundo moderno ha perdido su fe en esta Ley Suprema, y consiguientemente sus ideales de libertad y los derechos del hombre han llegado a ser vacías abstracciones que cada vez tienen menos significado, y que cada día se vacían más de verdadero contenido. El mundo moderno se ha henchido del aire caliente de frases rimbombantes hasta que ha reventado como la rana de la fábula.

Por lo tanto la lucha en el mundo moderno no es simplemente una lucha entre dos sistemas económicos o políticos rivales; envuelve una lucha espiritual que es mucho más profunda y compleja. La lucha está en escoger entre el orden mecanizado del estado absoluto comunistas, o en un orden espiritual basado en la reafirmación y revitalización de los principios cristianos que hemos tratado de exponer.

Las bases de esa restauración fueron establecidas muy claramente hace ya más de setenta años en las grandes Encíclicas sociales del Papa León XIII. Y no son las opiniones privadas de un teorizante político moderno. Son las opiniones que Sto. Tomás de Aquino sacó de la sabiduría antigua de la filosofía perenne. Las más grandes inteligencias de la raza humana han reconocido siempre que el orden social no existe solamente para servir a los deseos y necesidades del hombre. Es un Orden Sagrado por medio del cual las acciones humanas se conforman a la Ley Divina y Eterna

Porque como dice Platón en su libro de Las Leyes, Dios, y no el hombre, es la medida de todas las cosas, y El tiene en su mano el inicio, la mediación y el fin de todas las cosas. "Dios es siempre justo y castiga a aquellos que no se conforman a la Ley Divina. El que quiera ser feliz que se atenga y siga con toda humildad y orden esa ley divina; pero aquel que está ensoberbecido por el orgullo o el dinero o el poder o la belleza; aquel que tiene el alma ensoberbecida por la insolencia y locura de la juventud, y piense que no tiene necesidad de regla ni de guía, y que más bien se considere capaz de guiar a otros; ese tal, yo digo, está abandonado de Dios; y estando así abandonado de Dios reúne a su alrededor a otros que son como él; y anda por allí llevando la confusión adonde se acerca, y tal vez él piensa que es un gran hombre. Pero, dentro de corto tiempo, el paga el castigo de la justicia y es destruído él y toda su familia y estado con él". (Las Leyes IV, 716)

Por supuesto que es un error recargar los tintes oscuros del cuadro. Aún en este período de la historia que hemos estado viviendo y que hemos analizado, nunca se ha perdido del todo el conocimiento de la profunda verdad de la naturaleza humana. Más aún, aun cuando logremos en una nueva época recobrar el balance perdido, los impulsos egoístas del hombre jamás desaparecerán por completo.

Lo terrible es que el hombre tiene hoy en día un poder inmenso de destrucción en sus manos. Por algo se llama nuestra época la Era Atómica. Ya la Humanidad solo puede salvarse del caos y de la ruina que la amenazan reconquistando y aceptando plenamente la verdad completa acerca de su propia naturaleza.